

LA TIERRA TE LLAMA



Genoveva Ponce Naranjo

Ilustración de Diego Aldaz

La tierra te llama

Genoveva Ponce Naranjo

Ilustraciones: Diego Aldaz

Coordinación general: Leonor Bravo

Edición y corrección de estilo: María Eugenia Delgado

Diseño y diagramación: Santiago Vásconez

© Girándula, Asociación Ecuatoriana del Libro Infantil y Juvenil, IBBY Ecuador, 2026

Girándula es una organización sin fines de lucro que agrupa a escritores, ilustradores, editoriales, librerías y demás personas e instituciones involucradas en la producción y difusión de la literatura para niños y jóvenes del país.

@girandulaecuador
@maratondelcuento
www.maratondelcuento.com
096 221 0303
girandula2013@gmail.com



Partidas y encuentros

Llegué una tarde de sábado con esa maleta color granate, de aspecto antiguo, en la que mi madre empacó el equipaje que seleccioné al enterarme de que su padre aceptó que fuera a vivir con él. Aclaro que era la única opción, pero también, la mejor.

El viaje fue agotador. Besé a mi madre sin saber cuándo volvería por mí. La despedida no resultó fácil. Tampoco viajar acompañado de unos parientes a quienes apenas conocía que me orientaron hasta el siguiente tramo. El autobús desde Riobamba a Quito, el traslado hacia el terminal del norte y luego

otro transporte hacia Pacto, además de bajar del vehículo con la esperanza de que alguien me aguardara para el último trayecto, me mantuvieron en ascuas desde que amaneció.

Apenas puse un pie en Pacto, parroquia donde había nacido mi madre, recordé que ella me previno de no olvidar ninguna pertenencia. Con la valija en mano, me dirigí hacia la puerta de la iglesia. Dos hombres estaban junto a una bicicleta con una enorme parrilla. Seguro que uno de ellos era mi abuelo. Aunque no lo había visto en años, lo recordaba alto, con pantalón oscuro, camisa clara, sombrero negro y un bigote singular. Entonces me dije: «Bernabé, toma aire y saluda con voz fuerte».

—Buenas tardes —pronuncié.

Él volvió la mirada, dejó en pausa su conversación con el vecino, apresuró el paso, me abrazó y, atrayendo la atención de quienes pasaban, anunció:

—Es mi nieto. Viene a vivir conmigo.

Entendí de inmediato que allí empezaba otra fase de mi historia.

Primera noche

Mi abuelo ató la maleta a la parrilla, me pidió que me subiera al tubo superior de su bicicleta y confirmé su habilidad y fuerza al pedalear su poderoso caballito de acero. Mientras tanto, yo miraba a todos lados, intentando reconocer los lugares que había



visto años atrás, cuando a mis padres aún no se les había cruzado la idea de marcharse a un país distante.

Al llegar a casa, todo estaba dispuesto. Parecía que la abuela María Visitación siguiera viva. O, mejor dicho, él había sabido arreglárselas solo, en memoria de la mujer a quien amó. Juntos sostuvieron el hogar, la finca, el trapiche y, sobre todo, la promesa de la alegría.

Por eso jamás partieron de su paraíso, como llamaban a la tierra que les regalaba cascadas, ríos, fauna y flora incomparables, y donde aprendieron a descifrar los lenguajes de la naturaleza.

Resonaron en mí las palabras de mi madre sobre sus padres y su niñez: los juegos, los ecos y escondites en el bosque, las aves que miraba en cada travesía. Por eso, aunque me dolió separarme de ella, estar en casa del abuelo Jacinto era una manera de sentirla cerca.

Frente a un caldo de gallina criolla, con una presa que desbordaba el plato, entendí de quién había heredado mi madre su sazón. Luego de esta delicia, me apresuré a estrenar mi cama y mis sueños, llenos de distancias y expectativas.

Aprendiendo a vivir

Faltaban algunas semanas para ingresar a clases. Así que, me pareció buen momento para conocer la finca, el pueblo y los alrededores, aunque eso implicaba madrugar con mi abuelo. Él me enseñó a distinguir la magia de cada hora, a conversar con los animales y a reconocer las plantas.

Disfrutaba las rutinas, sobre todo porque llegué en tiempo de cosecha de caña. Fue entonces cuando comprendí cómo funcionaba el trapiche junto a la vivienda.

Él me miraba de frente y sonreía cuando me decía:

—Eres un niño muy vivaz. Nadie creería que, viniendo de la ciudad, hicieras con tanto gusto las faenas.

Con orgullo comentaba a las visitas:

—Mi Bernabé lleva la tierra en sus venas.

No lo niego, esos halagos motivaron aún más mi curiosidad y mi ánimo.

Jacinto ya no era solo mi abuelo, sino el sabio que narraba los misterios del Chocó Andino y, además, mi mejor maestro. Cada día me revelaba habilidades del campo. Me mostró cómo verificar la madurez de la caña y cómo ser cauto para que ninguna serpiente me estropeará durante la recolección.



También me enseñó las variadas formas para extraer el jugo en el molino, a separarlo del bagazo, a limpiar el guarapo y a hervirlo eliminando la «cachaza», palabra que me gustó mucho, aunque se refería a la espuma oscura que aparece al clarificar el jugo de caña.

Conocí además «el conejo», que no tenía orejas. Era un truco para comprobar el punto de la panela, es decir, una melcocha que debía agarrarse con las manos y probarse en agua. Ese conejo era dulce y pegajoso.

El abuelo me instruyó en las estrategias para que el calor de la fogata no arruinara la cocción y repetía:

—Panela quemada, panela desaprovechada.

Los dos nos volvimos uno para dirigir estas fiestas entre amigos, vecinos y familiares: el juego de cucharas y movimientos, el ajetreo de los moldes, la envoltura en hojas de caña. Disfrutábamos la algarabía panelera, más aún cuando tostaban maní para las golosinas especiales. ¡Qué temporadas aquellas! Las risas, los retos, los sabores y los aromas se impregnaron en todos, y en mí, de manera especial.

Noticias y noticias

Pasaron tres años y mis padres lograron completar los trámites para llevarme a vivir con ellos. Despedirme de mi

abuelo no era el mejor de los planes, pero poco podía hacer ante la decisión de los adultos. La separación fue difícil, aunque no duró demasiado.

Mis silencios y las noticias de los problemas en la finca —porque mi abuelo empezaba a perder la memoria— fueron pretextos para volver. Yo fui el primer voluntario. Viajé en cuanto pude. Realicé un recorrido largo, casi sin descanso, hasta llegar a casa de mi abue.

Allí estaba, mirando hacia la espesura de los terrenos. Pensé que ya nada recordaba y, como años atrás, me dije: «Bernabé, toma aire y saluda con voz fuerte».

—Buenas tardes —dije.

Entonces, mi abuelo Jacinto volvió la mirada, dejando en pausa el olvido, apresuró el paso y me abrazó. Luego susurró:

—Mi Bernabé lleva la tierra en sus venas.

Comprendí que allí empezaba otra historia. Y, si quieres que te la cuente, será debajo de un árbol de sande.





Girándula

ASOCIACIÓN ECUATORIANA
DEL LIBRO PARA NIÑOS Y JÓVENES

XIX MARATÓN DEL CUENTO

QUITO UNA CIUDAD
QUE LEE



GLOBAL GREENGRANTS FUND



Quito renace.



Quito
GOBIERNO METROPOLITANO

OEI

CRISFE



Diners Club



CÁMARA
ECUATORIANA
DEL LIBRO